

René Batista  
Moreno

*Serafina no es de  
piedra, Serafina es  
de cartón*



Más de un siglo de parrandas ha dejado en Camajuaní un saldo de cientos de anécdotas. Muchas de ellas han sobrevivido gracias a la tradición oral que las valora y les da carácter de permanencia al ser evocadas. Las hay totalmente humorísticas, otras son tragicómicas, y se enmarcan todas dentro de este contexto. Pero la ocurrida a Serafina Fraga, esposa de José Lamadrid Piedra, en las parrandas de 1934, considero que ha sido una de las más trascendentales: los Sapos sacaron a la calle una cabezona y la bautizaron —por su parecido—, con el nombre de Serafina; aunque esta cabezona, confeccionada por Cirilo Mederos, nunca tuvo la intención de caricaturizar al personaje la duplicó tal y como era. Luego, para hacer más imperecedera la anécdota, el grupo musical del barrio de los Sapos creó una quarteta ofensiva, con una variante más ofensiva aún, a la que se le puso música de inmediato y fue coreada por miles de integrantes de ese barrio. Hubo humor, sin dudas, pero también extrema violencia, y un hombre casi pierde la vida acribillado a balazos. Poco después de este suceso, Piedra, quien había invertido en Camajuaní más de dos millones de pesos, liquidó de manera precipitada sus negocios y se trasladó a La Habana.

Aún hoy, luego de tantos años, se discute sobre la partida de Piedra. Unos afirman que este lo hizo con el propósito de estar

cerca de materias primas de más calidad – tabaco de Vuelta Abajo –, montar una fábrica de cigarrillos, cosa que hizo posteriormente, y ganar nuevos mercados en el extranjero. Mientras que otros son del criterio de que el éxodo de Piedra se debió a la ofensa que sufrieron él y los suyos por tamaño escándalo. Esta versión, como la anterior, también puede ser creíble: no es la primera vez que una persona o una familia abandona el lugar donde su dignidad ha sido lastimada. En Camajuaní han ocurrido casos como estos, y serán siempre de triste recordación. Pero ya sea por una causa u otra, el traslado de Piedra dejó sin trabajo a centenares de obreros, y al terruño sumido en una de las peores crisis económicas que se recuerda durante aquella etapa. Este fue el resultado de esta anécdota parrandera.

Los lectores podrán sacar sus conclusiones, aunque seguramente los puntos de vista serán divergentes, como hasta ahora. Porque los que podrían aclarar esta interrogante: Piedra, Serafina, y su hijo José Ramón, ya han muerto; pero quizás Rina, la hija menor, por entonces muy pequeña, si aún vive y logra tener en sus manos esta historia, pueda dejarnos un testimonio esclarecedor de los hechos.

BALDOMERO LOY RUIZ (MERO)

José Lamadrid Piedra vino a Camajuaní, procedente de Remedios, en 1925, y estableció una fábrica de tabacos en el Callejón del Teniente, entre Unión y Canarias, donde dio trabajo a 70 tabaqueros. Luego arrendó a Enrique Pérez el local que se encuentra, hoy convertido en cuartería, entre Santa Teresa y Fomento, y llegó a tener allí 400 tabaqueros. Después construyó, frente a la tabaquería, una nave que utilizó como despalillo, almacén y fábrica de cajas, y dio trabajo a 200 despalilladoras, más otro personal. Quiero decir que Piedra llegó a dar trabajo a 600 o 700 personas. Él, desde Camajuaní fue ganando mercado dentro y fuera del país, exportaba tabacos para toda la isla, y países como Inglaterra y España.

Pero hay más, en 1927 mandó a Max Borges a construir un chalet, donde hoy está el restaurante El Pavito, que se construyó en tres meses, y su costo fue de 36 mil pesos. ¡Qué clase de fortuna para aquella época! Tenía dinero a la que se bote. También arrendó la finca Blanquizal al conde de Vizcucia, el conde tenía en su finca una casa quinta muy bonita y una

piscinita que hizo dentro del arroyo, ambas construcciones permanecen aún. Allí, Piedra se dedicó a criar puercos y ganado vacuno, estableció una lechería y compraba maíz y luego lo fumigaba y vendía al ejército para alimentar a sus caballos. El administrador de esta finca era José Riestra y en ella trabajaban cerca de 80 personas. Pero como Piedra era botánico, compró la finca El Cedral, cerca del Níspero, y allí sembró cientos de árboles maderables, y creó una estación experimental de plantas exóticas. Piedra era íntimo amigo del sabio Juan Tomás Roig y tenía ya para ese tiempo la colección de muestras de maderas preciosas más grande que había en Cuba. En El Cedral trabajaban más de cuarenta personas. Y en muchas ocasiones, cuando mi padre, Manuel Loy Boleda, y él conversaban, le oí decir a Piedra que iba a montar aquí una fábrica de cigarros; ello, seguramente, le daría trabajo a cientos de obreros más.

Aquí todo le iba bien a Piedra, y Camajuaní alcanzó prestigio dentro y fuera de la isla por su actividad tabacalera, también tuvo gran auge económico. Fue precisamente por esos años que comenzaron a llegar a Camajuaní tabaqueros de Oriente, Matanzas y La Habana en busca de trabajo. Piedra los empleó y puso a algunos de ellos a jugar en su equipo de pelota: Tabacos Piedra se llamaba. Todo iba muy bien; pero ocurrió algo que dio al traste con ello, una cosa simple, de parrandas, pero que tuvo consecuencias económicas funestas para Camajuaní.

MODESTA PÉREZ LEAL

En realidad lo que ocurrió es que los Sapos le hacían mucho rechazo a Serafina y a Piedra, porque ellos desde que llegaron a Camajuaní se hicieron Chivos rabiosos. Tenían dinero, y no lo escatimaban, lo daban para su barrio. En la parranda de los Chivos de 1934, la propia Serafina costó la carroza Oración en el desierto, y Piedra, El Sol de Austerlitz. La casa de Piedra.

Pero lo de la cabezona no fue un hecho premeditado, más bien fue una casualidad, porque siempre que se hace un cabezón se parece a alguien, eso es verdad. Y así ocurrió con lo de Serafina.

En 1934, mi esposo Cirilo Mederos construyó una cabezona. Le quedó muy bonita, tenía pelo de mujer, él consiguió el pelo en una peluquería. Paco Sequeda era muy amigo de Cirilo, entonces, en una conversación, Paco le dijo que le dejara la cabezona para pasearla con el cabezón que él tenía, con su Liborio, el 19 de marzo por la noche, en un changüí grande, y en eso quedaron.

[78]

Ese día, Paco y Cirilo sacaron los cabezones a la calle, y la gente, cuando vio la cabezona, comenzó a gritar: ¡Esa es Serafina, la mujer de Piedra! Salimos con el changüí de la calle Unión y cogimos después Independencia, la conga que llevábamos era de mucha calidad, al igual que los bailadores de cabezones. El cabezón lo bailaba el negro Botín, y la cabezona Bimbo. Cuando tomamos la calle General Naya, nos pusimos rumbo al Cosmopolita, cantando esta cuartetita que, por cierto, surgió con mucha espontaneidad:

*Serafina no es de piedra,  
Serafina es de cartón.  
Serafina come yerba  
y no tiene corazón.*

Cuando estábamos llegando, vimos que venía bajando de La loma el negrito Cocuyo, Eustaquio Hernández, alma del barrio Los Sapos, a todo lo que daban sus piernas, y nos gritaba: ¡Niño, niño echen patrá que lo Chivo tá preparao con cabilla y piedra pa tacasno! ¡Ta cendió lo Chivo eso! Nos detuvimos y hablamos con la gente. Viramos por temor a un enfrentamiento con los Chivos, pese a los esfuerzos que hicieron los músicos del changüí por continuar, y los cientos de Sapos que nos acompañaban. Creo que evitamos una desgracia grande esa noche.

RAMÓN GUARDADO (MONGO)

Las parrandas del 19 de marzo de 1934, para nosotros, los Chivos, fueron un desastre, teníamos buenas carrozas, pero no pudimos sacarlas todas: unas salieron ese día y otras el 20. Además de eso, los Sapos pullando con la parodia aquella que sacó Santiaguito Falcón, y con la cabezona que hizo Cirilo Mederos y que según ellos era Serafina, la mujer de Piedra. Era una cabezona muy bien hecha, bien vestida, y el 19 por la noche hubo su problema; pero el 20 por la tarde la sacaron de nuevo, le pusieron un mazo de yerba en el cuello. Dicen que se la robaron a Cirilo para sacarla, y que Paco Sequeda no quiso prestarles el cabezón, por eso fue que no se vio por todo aquello. Paco Sequeda y Piedra eran grandes amigos. Lo cierto es que los Sapos se pasaron toda la tarde desde la esquina del hotel Cosmopolita hasta la línea (el cruce), iban de un lado a otro, eran incansables, cantando aquello de:

*Serafina no es de piedra,  
Serafina es de cartón.  
Serafina come yerba  
Y no tiene corazón.*

Y luego cambiaban la letra:

*Serafina no es de piedra,  
Serafina es de cartón.  
Serafina sí es de Piedra  
y también de Pantaleón.*

Bueno, el caso es que los Sapos nos tenían acosados, encabronadísimos. Nosotros, alrededor de la acera del chalet, esperábamos que ellos pasaran de la línea para caerles arriba, ellos eran muchos más que nosotros. Teníamos palos, cabillas, bates, piedras. Allí lo que se iba a formar era la de San Quintín. Y ellos seguían con la misma cantaleta, y ¡del Cosmopolita a la línea y de la línea al Cosmopolita!, hasta que Piedra se puso fuera de control, se subió a la terraza y cuando venía llegando el changüí a la línea nuevamente con la cabezona, aprovechó ese momento, y le tiró a la cabezona cuatro disparos: Bimbo era el que la bailaba, tres balas entraron por la cabeza de la cabezona, y la otra por un brazo. Cuando Bimbo sintió aquellas cositas que entraron al cuerpo de la cabezona, y silbaban como abejas allá dentro, según él, se desprendió a correr loma arriba. Los músicos y la gente que lo acompañaban se dieron a la desbandada, y lo que venía bajando en vuelta de la línea era una estampida, gente aterrorizada, recuerdo que uno de los Sapos gritó: ¡Piedra se volvió loco, a huir que nos mata! La cosa al parecer concluyó allí, pero no fue así, a Piedra desde ese momento se le metió entre ceja y ceja irse de Camajuaní, y a finales de ese año, si la memoria no me traiciona, lo logró.

BALDOMERO LOY RUIZ (MERO)

En el mes de julio de 1934, Piedra comenzó a deshacerse de sus propiedades. Le devolvió al conde de Vizcucia la finca Blanquizal, que tenía en arriendo, y vendió la finca El Cedral a los Moncada. El local de la fábrica de tabacos se lo entregó a su dueño, Enrique Pérez, y el del frente, donde tenía el despalillo, el almacén y la fábrica de cajas, lo vendió a Toribio Castellón, quien luego lo convirtió en casas de vivienda. A fines de diciem-

bre reunió a todos sus obreros y les dijo que se iba de mudada para Alquizar, que el que quisiera seguirlo no tendría problemas, que comida, alojamiento y buen salario no les iba a faltar, y con él se fueron más de cincuenta obreros. El chalet, poco después de estar en La Habana, lo vendió en 12 mil pesos.

RAMÓN GUARDADO (MONGO)

El traslado de Piedra hacia La Habana, preocupó mucho al doctor Benito Sainz, en ese momento alcalde de Camajuaní, y acompañado de un grupo de políticos y comerciantes fue a verlo para tratar de hacerlo cambiar de parecer. Recuerdo que participé de esa conversación sin quererlo, porque cuando ellos llegaron al chalet, yo estaba asomado en el balconcillo de la sala esperando a José Ramón, el hijo de Piedra. Ellos le hablaban, le hablaban, Piedra los oía, estaba muy silencioso, y cuando terminaron solo se limitó a decir: No hablemos más del asunto, fue mucha la humillación, no solamente se me faltó el respeto a mí, sino también a mi señora, a mi familia...

La familia de Piedra la componían Serafina Fraga y sus hijos José y Rina. José Ramón y yo éramos casi de la misma edad, no sobrepasábamos los 12 o 14 años, y nos queríamos mucho. Rina era pequeña.

Piedra, lo recuerdo bien, era un hombre alto, fuerte, muy tratable; Serafina era de mediana estatura, más bien trigueña, conversadora, y de mucho porte.

Piedra se mudó para Alquizar, luego para Guanajay donde se trasladó y amplió su tabaquería; dos o tres años después, tenía también una fábrica de cigarros en Marianao. Prosperó mucho, ya casi todo el tabaco que hacía lo exportaba al extranjero, y la fábrica de cigarros fue exitosa. Mientras que Camajuaní se vio seriamente afectado por aquella crisis económica que causó el traslado de Piedra a La Habana; porque, nada menos, se quedaron sin trabajo alrededor de mil personas.

Muchos dicen que Piedra se fue de Camajuaní tratando de ampliar sus negocios, de expandirse, de crecer, pero yo sigo pensando como otros muchos piensan, que se fue de aquí por culpa de las parrandas de 1934. Quizás, sí hubiera al fin y al cabo dado ese paso, pero hubiera sido después, no de la forma tan precipitada en que lo hizo, y con el costo económico que esto le trajo.